

Ysabel de Guevara : La Persuasión Epistolar de una Conquistadora

Jeffrey C Barnett *
Washington Lee University (Virginia)

(Traducción de Mempo Giardinelli)

Tradicionalmente la Conquista del Nuevo Mundo ha sido abordada a través de las actividades de los hombres que protagonizaron esos hechos. Es decir, la mayor parte de la información que conforma nuestro conocimiento de la más temprana historia americana ha sido presentada desde el punto de vista de los exploradores varones. Los estudios posteriores reiteran esas percepciones, descubrimientos, defectos, victorias y fallas. En síntesis, hasta fechas muy recientes hemos considerado «la historia de las Américas» como sinónimo de «la historia de los varones en las Américas».

En esta presentación deseamos llamar la atención sobre el punto de vista del otro participante de la historia: la llamada Conquistadora. Podemos atribuir la ausencia de estudios concernientes al rol de la mujer en la Conquista del Nuevo Mundo a dos grandes factores: uno es la carencia de fuentes primarias, originales, el otro es que los varones constituyeron una apabullante mayoría en la temprana población americana no-nativa.

En cuanto al primer aspecto, aunque escritas por autores varones, hay muchas crónicas famosas y trabajos de ficción de la época de la colonia, que presentan divergentes ejemplos de personajes femeninos, ficcionales o verídicos. En uno de ellos, Bernal Díaz del Castillo menciona varias mujeres del período de la conquista de Nueva España, incluyendo a la esposa de Cortés, La Malinche, entre otras.¹ De modo similar, en *La Araucana* Ercilla y Zúñiga retrata varias mujeres, las más conocidas de entre ellas Doña Mencía de los Nidos, Fresia y Tegualda.² Por supuesto, podrían mencionarse muchos otros ejemplos a lo largo de la literatura colonial.

En cuanto al segundo factor, a menudo se percibe la inicial migración española como una migración de conquistadores hombres, que habrían dejado a sus esposas en España y tomado mujeres indígenas. Sin embargo, de acuerdo a las estadísticas de Peter Boyd-Bowman, hacia 1579 casi 8.000 mujeres españolas habían emigrado al Nuevo Mundo, significando el 17% del total de la población no nativa.³ Estos números podrían llevar a pensar a algunos que las mujeres simplemente acompañaban a los hombres después que éstos lograban establecerse en alguna región en particular. Aun así, esos puntos de vista femeninos hubieran podido ofrecer quizá nuevas visiones respecto de la vida en el Nuevo Mundo.

Pero es más significativo aún preguntarse si acaso las mujeres que no sólo actuaron como compañeras de los conquistadores, sino que también se vieron envueltas en la Conquista como participantes, no fueron ellas mismas conquistadoras. Aunque rara vez asociemos a las mujeres españolas con el rol de aventureras o de soldados, D. Vicente Riva Palacio menciona a catorce mujeres que acompañaron las expediciones de Cortés y de Narváez.⁴ Asimismo, Bernal Díaz incluye a Marfa de Estrada como una de las que participaron más activamente en las batallas. Otro ejemplo llamativo es el de la monja Catalina de Erauso, quien, de

acuerdo con Julie Greer Johnson, «bebió, jugó, vivió aventuras y combatió durante todo el cruce del Perú y Chile, y sólo confesó su verdadero sexo cuando fue gravemente herida después de una reyerta».⁵

Pero acaso en ninguna otra región del Nuevo Mundo la mujer jugó un papel tan importante como en la Conquista del Río de la Plata. Personajes como Lucía de Hurtado, La Maldonada y La Bella Liropeya se recuerdan hoy como heroínas populares. Sin embargo, los retratos de estas y otras mujeres citadas más arriba nos han llegado a través del punto de vista de los autores varones, fuesen ellos cronistas, poetas o dramaturgos.

Afortunadamente, una simple carta fechada el 2 de julio de 1556 ofrece un testimonio de primera mano sobre la participación de las mujeres en la Conquista del Río de la Plata. Escrita por Ysabel de Guevara, la breve carta es una rica fuente de información acerca de su participación personal en la temprana historia de Argentina y Paraguay. Como vocera de otras participantes femeninas, Ysabel ofrece a los lectores modernos una estupenda visión del rol de las conquistadoras en el asentamiento, así como de sus motivaciones y, finalmente, también sobre la injusticia de no haber sido jamás reconocidas por sus hazañas.

Es sabido que Ysabel de Guevara dejó Sanlúcar (España) el 1^{ro} de septiembre de 1534, para tomar parte de la expedición al Río de la Plata que comandó Don Pedro de Mendoza. Ella fue confiada a un pariente, quizá su hermano Carlos de Guevara, quien murió posteriormente en una batalla a manos de los indios payaguas. Después de permanecer en Buenos Aires, soportando el hambre y los continuos ataques de los indios, ella acompañó la expedición que ascendió por el río Paraná para fundar la ciudad de Asunción (1536-37). En 1542, Alvar Núñez Cabeza de Vaca arribó a Asunción para ocupar el cargo de gobernador. Con él llegó un caballero de Sevilla, Pedro d'Esquivel, con quien Ysabel se

casó poco después. En 1579 él fue decapitado por traición. Según sabemos, no hay otros datos biográficos conocidos.⁶

Antes de aproximarnos a la carta mencionada, es importante hablar brevemente de la historia de su publicación. De acuerdo a nuestra investigación, la carta ha aparecido sólo cuatro veces previamente, en los pasados cuatro siglos: en las **Cartas de Indias** publicadas por el Ministerio de Fomento (1877), de la cual hemos conseguido una fotocopia; en una traducción en la obra **The Conquest of the River Plate** (1924) de Cunninghame Graham; en la reedición de las **Cartas de Indias** que se encuentra en la Biblioteca de Autores Españoles (1974); y finalmente hay otra traducción en **Letters and People of the Spanish Indies** (1976) editadas por James Lockart y Enrique Otte. Adicionalmente, la carta es citada por Enrique de Gandía, así como por Frederick Alexander Kirkpatrick, en lo que hace a establecer el número de miembros de aquella expedición.⁷

Dado nuestro propósito de revalorar el rol de las mujeres en la conquista del Río de la Plata, permítasenos examinar varios hechos planteados en la carta y compararlos con los retratos de mujeres que se encuentran en el poema épico **La Argentina y la Conquista del Río de la Plata**, del Archidícono Martín del Barco Centenera.⁸ **La Argentina** es un apropiado punto de referencia porque abarca fechas contemporáneas a la carta (empezada en 1572 y publicada en Lisboa en 1602). Más aún, es posible que Barco Centenera haya conocido a Ysabel. Por lo menos él conoció a, o supo de su marido, a quien menciona en el Canto VII donde describe su ejecución por traición.⁹

Desde el principio mismo, la carta ofrece un apunte interesante puesto que Ysabel se dirige a «la princesa gobernadora Doña Juana» y no al rey Carlos V. Por tratarse de los sacrificios de las mujeres que acompañaron la expedición, ella le escribe a otra mujer con el propósito de ganar su sim-

patía. Primero ofrece un relato conciso de la conquista y fundación de Asunción, para luego declarar sus propósitos:

*E querido escrevir esto y traer á la memoria de V.A para hazerle saber la yngratitud que conmigo se ha vsado en esta tierra, porque al presente se repartió por la mayor parte de los que ay en ella, ansi de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese nenguna memoria, y dexaron de fuera ein me dar yndio ni nengun genero de servicio.*¹⁰

De acuerdo con Ysabel, sus servicios merecían reconocimiento oficial; sin embargo sus hazañas, como las de otras mujeres, no fueron reconocidas. Por lo tanto, a fin de legitimar sus reclamos, ella da cuenta de las actividades desarrolladas por las mujeres durante las exploraciones iniciales y los primeros asentamientos. Al hacerlo, ella muestra cómo acompañaron a los soldados, participando en las batallas y aun ejerciendo autoridad sobre los hombres.

Los primeros sufrimientos descritos son los infortunios debidos al hambre que soportaron en Buenos Aires. En el relato de Ysabel, a causa de la debilidad de los hombres fueron las mujeres las que debieron ocupar los puestos de centinelas, las que cuidaron los fogones, prepararon las ballestas, dispararon los cañones, dieron las alarmas y hasta adiestraron y prepararon a las tropas. Además de esto, las mujeres también participaron en cuestiones técnicas del viaje, «serviendo de marear la vela y gouernar el navio y sondar de proa y tomar el remo al soldado que no podía bogar y esgotar el navio...» De este modo, Ysabel describe a las mujeres como activas participantes de la conquista, y aún más que los varones puesto que éstos se debilitaban más por el hambre. Ella misma lo explica así: «como las mugeres nos sustentamos con poca comida, no aviamos caydo en tanta flaqueza como los hombres». Es interesante señalar que posiblemente Ysabel de Guevara es uno de los primeros cro-

nistas que sugiere que los conquistadores eran frágiles y dependían de las físicamente superiores mujeres. Sin miramientos, Ysabel enfatiza este hecho al justificar los activos roles femeninos. Es cuidadosa al describir esos esfuerzos de una manera tal que no transmita la idea de que las mujeres tuvieron intención de igualar o sobrepasar a los hombres. Pero deja en claro que ellas debieron ejercer autoridad a la fuerza, por necesidad, lo quisieran o no.

Del mismo modo, Barco Centenera alude al rol autoritario de las mujeres. En un pasaje él se refiere a Florentina y Doña Catalina, quienes han sido encargadas de proteger las raciones de alimento. Cuando ellas sorprenden a un joven que trata de robar comida, responden cortándole una oreja y clavándola con tachuelas en el techo fuera de la casa, para que todos la vean. Aunque Ysabel no llega a estos extremos, el lector percibe claramente que las mujeres cargaban con muy importantes obligaciones de las que dependían las vidas de muchos hombres. (Ciertamente, el trabajo de custodiar la preciosa comida no era una responsabilidad para tomar a la ligera).

Aunque tanto el poema como la carta transmiten un sentido de autoridad en las mujeres, es interesante notar las diferentes reacciones del Archidícono y de Ysabel. Ella proclama, con orgullo, que las mujeres verdaderamente soportaron iguales tareas que los hombres y percibe sus acciones de un modo positivo, digno de reconocimiento. En contraste, Barco Centenera no disfraza su consternación autoral por el castigo dispuesto por Doña Catalina y Florentina.

*Las damas que hicieron este aleve,
Haciendose justicia sin justicia,
Eran de bajo ser; que bien se debe
Aquesto presumir de su malicia.
Ninguna de valor a tal se atreve... (70)*

Aunque sus acciones servían al bien común , el poeta todavía las categoriza como «damas haciendo justicia sin justicia», y continúa diciendo:

*...Es de las mugeres sin justicia,
ingratitude, maldad, lágrimas, lloro,
mentiras, y venganzas su tesoro". (70)*

Este verso concuerda con muchos otros a lo largo del poema, que demuestran la preocupación que siente Barco Centenera ante la usurpación del poder por parte de las mujeres. Más aún, él dirige sus comentarios no sólo a las mujeres de la conquista sino a todas las mujeres en general. Como expresa en otro verso:

*Es tanto su poder y maña fuerte,
Que todo el mundo tienen ya rendido,
Procuran de tomar primera suerte
A su gusto del bien mas conocido:
Hambre, ni desventura, ni la muerte,
Contrastar su poder nunca han podido... (70)*

Como ha advertido Ysabel, son las mujeres de la expedición las que representan el sexo más fuerte, debido a que los hombres se debilitan por el hambre. Barco Centenera, por su parte, brinda una imagen diferente. Aunque él pinta a unas pocas mujeres como vigorosas, y a todas como celosas, genéricamente las retrata como débiles y frágiles. Como él dice: «La dama un poco duerme, porque suele/ En ellas afloxar cuando mas duele» (67). Por ejemplo, las primeras menciones de mujeres en su poema se refieren a una tormenta durante la cual «el sexso femeníl y lacrimoso/ levanta hazia el cielo bozeria» (26). En otros versos las describe como «quejosas» y «débiles». En general, el Archidiácono habla de las mujeres como física y emocionalmente inferiores a los hombres. Nada podría estar más lejos de la descripción

de Ysabel, quien -todo lo contrario- describe a las mujeres como compañeras leales, como fuerza catalizadora que impulsa a los hombres hacia adelante, y como sexo superior porque es el que soporta mejor los más duros desafíos.

Al margen de la positiva o negativa reacción autoral, tanto la carta como el poema expresan una visión de la activa participación femenina de un modo que se corresponde con un motivo literario común a aquel período: el de la mujer varonil. Entre otros ejemplos contemporáneos, están la mujer de **El cerco de Numancia** de Cervantes; Laurencia en **Fuenteovejuna** de Lope, y Doña Mencía de los Nidos en **La Araucana** de Ercilla y Zúñiga, todos caracteres corajudos que se enfrentan a hombres cobardes y los exhortan a defender su honor mediante la emulación del comportamiento ejemplar de las mujeres. Del mismo modo, en **La Argentina** varias mujeres toman la iniciativa para defender a un Obispo preso cuando los hombres son renuentes. En este pasaje, una mujer afirma:

*¡Pues no son poderosos los maridos!
Pidamosles las armas, y no volvamos
Por la honra de Dios. Y con gemidos
Decía: -no conviene consintamos
Aquestos maleficios conocidos;
Y todas al prelado defendamos.
Que mas vale morir honrosa muerte,
Que un mal disimular de aquesta suerte. (50)*

En estos ejemplos literarios, las mujeres sirven de «voz acusadora», es decir de cáustico recordatorio de las sucias maneras de errar de los hombres. Visto de este modo, ellas representan un rol arquetípico con reminiscencias de Iris cuando regaña a Aquiles y lo amonesta para que vuelva a la batalla : «Arriba, entonces y sin demora; quita de tu cabeza la idea de que Patroclo será carne de los perros de

Troya. ¡Caiga la vergüenza sobre ustedes si a él le ocurre alguna desgracia!»

Del mismo modo, Ysabel se ocupa de la debilidad de los hombres y de sus fallas. No obstante, su descripción ofrece un punto de vista único y original, en el cual aunque las mujeres de su carta ayudan a los hombres y hasta usurpan su autoridad, sin embargo no los enfrentan. A diferencia de los ejemplos literarios previamente citados, las hazañas realizadas por Ysabel y las otras mujeres no sirven como catalizador para la restitución de su propio honor. Antes bien, sus motivaciones se hallan en la mera sobrevivencia. Y más aún, una vez que los hombres han recuperado sus fuerzas, sus acciones no se dirigen a objetivos nobles sino a la avaricia. Por esta razón, Ysabel evita enfatizar todas las faltas de los hombres que pudieran afectar su honor:

y si no fuera por la honra de los hombres, muchas cosas escribiera con verdad y los diera á hellos por testigos. Esta relacion bien creo que la escribirán á V.A. más largamente, y por eso sesaré.

Así, el lector percibe una diferencia fundamental entre los textos literarios citados y la carta. Las demás obras mencionadas, escritas todas por autores varones, presentan los caracteres femeninos en relación con los masculinos. Más específicamente, son las mujeres las que ayudan a los hombres a restaurar el honor masculino. En la carta de Ysabel, sin embargo, ocurre exactamente lo contrario: el lector percibe lo masculino en relación a lo femenino. Al no centrarse en los defectos de los hombres, Ysabel llama nuestra atención hacia las hazañas de las mujeres, que son retratadas como las verdaderamente nobles.

Un segundo aspecto original de la carta de Ysabel, que también difiere de la tradicional descripción de la mujer varonil, se halla en la retención de sus obligaciones femeninas y de sus cualidades maternas. Después de pasar lista a

las incumplidas responsabilidades masculinas, ella señala que las mujeres cumplieron muy bien con las suyas: «lavarles las ropas, como en curarles, hazerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos...» Y además agrega: «las fatigadas mugeres los curavan y los miravan y los guisavan la comida, trayendo la leña á cuestras de fuera del navio...»

Pero acorde con esta actitud maternal, las mujeres también cumplieron con su contraparte, el rol paternal, alentando a los soldados con «palabras varoniles» y «poniendo por delante a los soldados que no se desanimasen». Así, al contrario de la yuxtaposición que hace Barco Centenera entre la frágil mujer y la mujer guerrera, Ysabel presenta una visión más equilibrada de la participación de las mujeres en la conquista. O sea, en contraste con la singular imagen de la mujer que puede ser guerrera por un lado y servil y dependiente por el otro, Ysabel caracteriza a las mujeres de modo tal que ambas cualidades se complementan la una a la otra. Es este equilibrio -la mujer que cumple con responsabilidades masculinas y con sus obligaciones maternas- lo que ofrece una única y verosímil aproximación a la conquistadora desde el punto de vista femenino. Al cumplir ambos roles, el maternal y el paternal, las mujeres son capaces de desempeñar todas las tareas necesarias para dirigir la expedición. Más aún, sólo gracias a sus esfuerzos es que pueden sobrevivir los hombres de la expedición.

Caracterizando a las mujeres de este modo, Ysabel justifica sus acciones delineando los tres motivos que gobiernan sus esfuerzos: el hambre, el amor y Dios. Por ejemplo, Ysabel sugiere que las mujeres desempeñan los roles de soldados, de madres, de alentadoras y aun de salvadoras frente al hambre y a la subsecuente debilidad de los hombres. Al describir el estado en el cual los miembros de la expedición se encuentran, ella comenta:

*fue tamaña la hambre, que, a cabo de tres meses,
murieron los mill;...ni la de Xerusalen se le puede
ygualar, ni con otra nenguna se puede comparar.*

Cinco veces en la breve carta Ysabel menciona la «flaqueza» de los hombres. Las mujeres motivan y exhortan a los soldados con la promesa de que encontrarán «la tierra de comida». Y así cuando ella menciona la tribu de los indios «tinbúes» anota que se trata de un pueblo de «mucho pescado».

De igual manera, otro miembro de la original expedición, el alemán Ulrico Schmidel, describe en su crónica **Viaje al Río de la Plata** varias tribus encontradas a lo largo del viaje y consecuentemente anota qué tipo de alimentos ellos comen. Adicionalmente, Barco Centenera da una descripción de las condiciones de Buenos Aires:

*Comienzan a morir todos raviando,
Los rostros, y los ojos consumidos,
A los niños que mueren sollozando
Las madres les responden con gemidos,
El pueblo sin ventura lamentando
A Dios enbia suspiros doloridos,
Gritan viejos y mozos, damas bellas
Perturban con clamores las estrellas. (29)*

También describe a los miembros de la expedición comiendo caballos, y aun las entrañas del cadáver de un ahorcado. Una anécdota menos violenta es la siguiente:

*Un solo perro avia en el armada
De gran precio, y valor para su dueño,
Llamado, entro ese dia en su posada,
Mas nunca mas salio de aquel empeño,
Porque ella le mato de una porrada,
Al tiempo de entrar con un gran leño,*

*Mostrandolo me dize ¿que haremos?
Yo dixé, asad señora y comeremos. (138)*

Estos y otros textos contemporáneos exponen con lujo de detalles la naturaleza extraordinaria de la hambruna generalizada que sufrieron los primeros colonizadores. Pero a diferencia del cronista alemán y del poeta épico, Ysabel habla de la falta de comida y del hambre de los hombres en función de subrayar el contraste con su ingratitud, pues tan pronto ellos superaron sus debilidades «comenzaron a señorear la tierra». De acuerdo con Ysabel, las mujeres fueron responsables del éxito de la expedición y de la vida de los hombres, pero luego ellos se olvidaron de eso.

Además del hambre, Ysabel entrelaza las motivaciones de la fuerza del amor. Los hombres recuperaron sus fuerzas sólo gracias a las mujeres que los trataron con un amor tal «como si fueran sus propios hijos». Aún más, ella anota que las hazañas que fueron realizadas «ni las hazian de obligacion ni las obligava, si solamente la caridad». Fue el amor el que motivó a las mujeres a ayudar a esos hombres que, luego codiciosos de tierras, les devuelven a ellas sólo ingratitudes. Otra vez, la obra de Barco Centenera nos ofrece contrastes, pues es al sexo femenino al cual el poeta le endilga genéricamente los defectos de la ingratitud y la veleidad.

*O cruda ingratitud tan celebrada
De hembras por el mundo como vemos,
Es posible, que siendo tan usada,
Jamás de su rigor huyr podemos,
La culpa en nuestra bien esta provada,
Pues de muger sabido ya tenemos,
Que no puede regirse por consejo,
Pues tiene de razon poco aparejo.*

*Vereis que al parecer muy tiernamente
Os aman por extremo sin medida,*

*Y al contrario vereis muy de repente
Que sois la cosa mas aborrecida,
Que se puede hallar entre la gente,
Aquesta usanza bien es conocida,
Por do decir podremos, de la hembra
Mudanza cojera quien amor siembra. (189)*

Finalmente, Ysabel apela a un tercer factor: Dios. Las mujeres han participado activamente en la Conquista debido a las incapacidades físicas de los hombres y también por amor cristiano. Pero además, Dios las ayuda en sus empeños. Como dice Ysabel: «milagrosamente quiso Dios que biviesen por ver que hen ellas estava la vida dellos». En otras palabras, Ysabel percibe el rol de las mujeres como una misión: Dios mismo les ha encomendado las vidas de los hombres. Tal el caso de su propio marido, a quien «tres vezes le saque el cuchillo de la garganta». (Sólo podemos especular en cuanto a lo que sucedió después, y queda la pregunta: por qué ella no fue capaz de salvar la vida de su marido una cuarta vez, cuando él fue condenado por traición en 1579, y decapitado).

Visto de este modo, el hambre forzó a las mujeres, el amor las guió y Dios las protegió. Y ahora ella se dirige a Doña Juana para que interceda por ellas. En esencia, Ysabel sostiene que la Conquista no pudo haber sido llevada a cabo sin la ayuda de las mujeres. Así, ella trata de persuadir a la lectora femenina de su carta a fin de obtener un perpetuo repartimiento, pero su persuasión va más allá. Retrata a la mujer-guerrera que ha sabido mantener sus cualidades femeninas y sus responsabilidades, ayudando a la vez al hombre en la batalla, cuidándolo, y dándole ánimo. Más significativo todavía, queda claro que las mujeres son las no reconocidas salvadoras de los hombres. Y aún en referencia a Esquivel, Ysabel se queja de que su obra ahora ensombrezca la suya propia; sin embargo, de acuerdo con el modo con que coherentemente ha priorizado las necesidades de los

hombres anteponiéndolas a las propias, ella termina su petición requiriendo «que sea proveydo mi marido de algun cargo conforme á la calidad de su persona».

No es sorprendente que el Archidícono y la conquistadora perciban y describan el rol de las mujeres de maneras tan opuestas. Ambos textos fueron escritos en distinto marco de referencia y tienen diferentes propósitos. Por esta razón, no hemos tratado aquí de distinguir cuál de los dos ofrece una apreciación más verídica del papel femenino. Sin embargo, es evidente que a través de su carta Ysabel de Guevara objeta la manera como los actos que protagonizaron las mujeres en la conquista fueron ignorados. Este estudio ha tratado de rectificar ese error y, al hacerlo, mostrar un punto de vista largamente olvidado acerca de la Conquista del Río de la Plata.

* Jeffrey C. Barnett (1957) ha vivido en México, Honduras y España, donde estudió en la Universidad de Valencia. Se graduó en Historia y en Español, en la Abilene Christian University (Abilene, Texas). Como posgraduado estudió en la Sam Houston State University (Huntsville, Texas). Obtuvo su doctorado en la University of Kentucky (Lexington, Kentucky), y su disertación final lleva por título: **Imágenes de la Ciudad de México: La reciente novela urbana en Gonzalo Martré, Armando Ramírez e Ignacio Solares**. Además de sus investigaciones sobre las tendencias de la novela mexicana, Barnett realiza una investigación sobre el rol de las mujeres en la Conquista del Río de la Plata, de la cual este texto es un capítulo. Actualmente Barnett enseña en la Washington Lee University (Virginia, USA).

NOTAS

¹. Para más información concerniente al rol de las mujeres en la Conquista de la Nueva España, ver Julie Greer Johnson, «Bernal Díaz y la mujer en la conquista», *Hispanófila* 82 (1984): 66-67.

². Para un estudio de las mujeres en *La Araucana*, ver José Toribio Medina, «Las mujeres de *La Araucana* de Ercilla», *Hispania* 11 (1928): 1-12

³. Peter Boyd-Bowman ofrece la siguiente información estadística respecto de las primeras migraciones de mujeres españolas:

Años	Total de pobladores identificados	Total de mujeres	% de mujeres entre el total de emigrantes
1493-1519	5.481	308	5.6 %
1520-1539	13.262	845	6.3 %
1540-1559	9.044	1.480	16.4 %
1560-1579	17.587	5.013	28.5 %
1493-1579	45.374	7.646	16.9 %

(«La emigración española», en *Studia Hispánica in Honorem Rafael Lapasa*. [Madrid: Gredos, 1974], II, 131)

⁴. D. Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos 1884-1889*; rpt. México: Editora Nacional, 1963, Tomo II, 842.

⁵. Julie Greer Johnson, *Women in Colonial Spanish American Literature: Literary Images*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1983, 144.

⁶. Para información bibliográfica sobre Ysabel de Guevara y Pedro d'Esquivel, ver *Cartas de Indias*. Madrid: Ministerio de Fomento, 1877; rpt. Biblioteca de Autoras Españolas, Madrid: Ediciones Atlas, 1974, Vol. 266, 756 y 770.

⁷. Enrique de Gandía, *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*. Buenos Aires: Lib. García Santos, 1932; y Frederick Alexander Kirkpatrick, *The Spanish Conquistadores*, 2nd ed. London: Adam and Charles Black, 1946, 343-4

⁸. Martín del Barco Centenera, *Argentina y conquista del Río de la Plata*, ed. Ricardo Senabre, *Textos Extremeños*, Nro. 1 Lisboa, 1602; rpt. Madrid: Institución Cultural «El Brocense», 1982. Todas las demás referencias de este texto serán citadas parentéticamente y son tomadas de la edición facsimilar de Senabre de 1982.

⁹. En referencia al marido de Ysabel, Barco Centenera escribe: «A Pedro d'Esquivel, un caballero/ De bella compostura y bella traza,/ Amigo del Obispo y compañero,/ (Por solos su pasión) le prende y caza./ Con el Obispo ser particionero/ Es su prisión afirma, y en la plaza/ Le corta la cabeza, y en picota/ La fija, y de traidor le reta y nota». (50)

¹⁰. «Carta de Doña Ysabel de Guevara», *Cartas de Indias*. Madrid: Ministerio de Fomento, 1877; rpt. Madrid: Ediciones Atlas, 1974. Vol.265, 619. Todas las citas de la carta son presentadas en su versión original, tal como aparecen en la edición de 1877.